

*EL PENACHO DEL MÉXICO ANTIGUO. VARIOS
AUTORES. VIENA: ZKF PUBLISHERS / MUSEUM FÜR
VÖLKERKUNDE / Conaculta-INAH, 2012, 152 P.
ISBN: 978-3-9811620-6-6 (EN ESPAÑOL);
978-3-9811620-7-3 (EN ESPAÑOL, TAPA DURA);
978-3-9811620-5-9 (EN ALEMÁN)*

Alejandro González Acosta*

En gratitud a Teodora, Danka y Bojana Lukovic,
siempre con cariño



Después de varios años de arduo trabajo de una Comisión Bina-
cional austro-mexicana, aplicada con métodos científicos y
ampliamente documentados al examen histórico y material
de la célebre pieza del arte plumaria que se conserva en el Mu-
seo de Etnografía de Viena y conocida por muchos como "El penacho de
Moctezuma II", aparece finalmente el libro que da cuenta de ese empeño,
coordinado por Sabine Haag, Alfonso de María y Campos, Lilia Rivero
Weber y Christian Feest.

El libro, en gran formato y con delicadas y muy fieles reproduccio-
nes, reúne 15 textos y un anexo: "Prefacio" (Sabine Haag y Alfonso de
María y Campos), "Las relaciones diplomáticas entre México y Austria"
(Martina Kaller), "El penacho del México antiguo en Europa" (Christian
Feest), "El penacho de Moctezuma" (Salvador Guilliem Arroyo), "La
sombra de los dioses. El arte plumario en el México del siglo XVI" (Li-
lia Rivero y Christian Feest), "Construcción y técnicas" (María Olvido
Moreno Guzmán y Melanie Korn), "Plumas. La materia prima" (María
de Lourdes Navarijo Ornelas), "La determinación de las plumas" (Ernst
Bauernfeind), "La coloración de las plumas de las aves" y "Anatomía y
estructuras finas de pluma cobertora" (Melanie Korn), "El penacho en la
percepción e imaginación pública mexicana" (Nelly M. Robles García),

*Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México.

“La reproducción del penacho del México antiguo en el Museo Nacional de Antropología de México” (María Olvido Moreno Guzmán y Bertina Olmedo Vera), “El penacho del México antiguo. Aspectos de la historia de su recepción” (Gerard W. van Bussel), “La conservación del penacho del México antiguo. Dos años de trabajo de la comisión binacional” (Lilia Rivero Weber), y el anexo “El penacho del México antiguo (1908)” (Franz Heger).

Este volumen, resultado de una concienzuda investigación multi e interdisciplinaria, se presenta como un texto fundamental y quizá definitivo sobre el tan debatido tema del llamado “penacho de Moctezuma”. A partir de aquí cualquier opinión, tesis u “ocurrencia” tendrá que remitirse necesariamente a este aporte de los especialistas mexicanos y austriacos.

Me llama la atención que, siendo tan importante, el libro —que fue presentado quizá precipitadamente en noviembre de 2012, según las noticias de la prensa— no se pueda conseguir aún en México. El ejemplar que poseo fue el generoso y cordial obsequio de una antigua alumna y querida amiga que reside en Viena, Bojana Lukovic, a quien mucho agradezco su atención y rapidez en el encargo. Quizá se deba esta “demora” a que el libro fue publicado a finales de la anterior administración mexicana, pero espero que al menos tal celeridad no ocasione que los editores dejen de cumplir con la Ley de Depósito Legal que obliga a entregar al menos dos ejemplares para la Biblioteca Nacional de México, donde podrá ser consultado ampliamente, como es de desear.

Esta misma “celeridad” para cumplir con “los tiempos políticos” quizá también influyó en la pésima corrección de estilo del libro, que está plagado de erratas y dislates, por lo cual sería de agradecer una segunda edición corregida que expurgue los abundantes lunares que hoy la afean, pero que afortunadamente no impiden su lectura por un lector medianamente avezado.

La famosa pieza del arte plumaria mesoamericana, elaborada por los amantecas originales, ha sido motivo de algunas tiranteces entre las relaciones austro-mexicanas desde aproximadamente 1940, cuando un exaltado nacionalismo pretendió la “devolución” del “penacho de Moctezuma”. El otrora presidente sustituto general Abelardo L. Rodríguez tomó de manera muy personal este asunto. Paradójicamente, fue él mismo quien abolió —al declararlas “extinguidas”— las mal llamadas “pensiones de

Moctezuma", que desde el siglo *xvi* y hasta 1934 recibieron los herederos del tlatoani por la línea femenina de Isabel Tecuichpo y que aún puede ser materia de litigio. Rodríguez encargó, pagado de su bolsillo posteriormente a su desempeño, a un amanteca para que elaborara una copia fiel de la pieza vienesa, lo que dio por resultado el penacho que hoy se exhibe en el Museo Nacional de Antropología. La gran ironía histórica que advierto es que, mientras la pieza de Austria no tiene sustento para adjudicársela a Moctezuma II, la reproducción mexicana sí cumple con la denominación y vendría a ser el "verdadero penacho de Moctezuma" —pues el artífice que la elaboró fue Francisco Moctezuma—, entregado al Museo el 19 de octubre de 1940. Pero ocurre, además, que esta reproducción está realizada con materiales más fieles que el original mismo, el cual ha sido intervenido varias ocasiones (no todas afortunadas) en su larga y accidentada historia.

A través de su existencia y de sus orígenes imprecisos, la pieza ha sido considerada no sólo "penacho" o "adorno de plumas para la cabeza", sino "capa sacerdotal" y hasta "estandarte". Aparte de las diversas clasificaciones genéricas, esto afectó su misma estructura, pues su disposición museográfica en algún momento forzó su destino originario, para adaptarlo a las propuestas de sucesivos curadores.

Después de revisar concienzudamente la documentación disponible —meritorio esfuerzo, tratándose de un objeto que llegó a Europa a principios del siglo *xvi* y que atravesó, entre otras vicisitudes, dos guerras mundiales—, el resultado es la afirmación sustentada que no puede corroborarse de ningún modo que se trata de "la corona imperial de México", ni siquiera, del "penacho de Moctezuma". Tampoco se sostiene la peregrina idea de que se obtuvo por despojo o violencia, y ello implica que se desplome la pretensión de su "devolución". Moctezuma II, como tlatoani, era al mismo tiempo mandatario indiscutido de la Triple Alianza y sacerdote supremo. Como símbolo de su primer encargo lucía una diadema de turquesa (así aparece en los distintos códices que reseñan el encuentro con los españoles), que significaba la eternidad del tiempo; para ajustar su atuendo como representante religioso, es posible, mas no seguro, que hubiera utilizado algún tocado que apoyaba su corporización como algún dios prehispánico, pero de esto no existe prueba documental. Los concheros danzantes que en la actualidad ejecutan pretendidas

danzas prehispánicas acompañados por música (no existen partituras o algo semejante que pruebe la autenticidad de estas creaciones, debidas más a la buena intención que a la investigación sólida y seria de carácter estrictamente musicológico) son la muestra de sentimientos nacionalistas respetables, pero alejados de la realidad histórica. Y esta confusión no es privativa de los pueblos latinoamericanos. Aun en la cultivada Europa han ocurrido dislates que llegan hasta el presente, como la ocurrencia de adornar con cuernos los cascos de los vikingos, “aporte” de la autoría del pintor sueco Gustav Malstrom, que los inventó en 1820 para ilustrar el poema épico *Frithiof's Saga*. A partir de ahí la imagen de los guerreros coronados con cuernos se ha extendido y establecido como auténtica, aunque no lo es. Lo mismo ocurre con el “penacho de Moctezuma”, teniendo en cuenta la sólida indagación histórica. Supongo que también pueden haber apoyado esta ocurrencia las espléndidas creaciones del maestro Jesús Helguera (1910-1971) en sus célebres y artísticos almanaques, en especial el que dedicó a la “Leyenda del Popocatepetl I y II” (también conocida como “Grandeza mexicana”), cuando regresa a México desde España a raíz de la Guerra Civil (1936-1939), primero en la popular revista *Sucesos para todos* y después (entre 1954 y 1970) para la “Cigarrera Moderna”. El impacto de su obra es tal —edulcorada y sentimental para algunos críticos— que se aceptó hasta el presente en la nutrida comunidad mexicana en los Estados Unidos como “símbolo de mexicanidad”. Su etapa de producción coincide precisamente con el surgimiento de los espectáculos mencionados, y apoyado por el ambiente nacionalista predominante en el país. Por su forma, los tocados plumarios que representa Helguera recuerdan cercanamente los utilizados por los aborígenes norteamericanos, como los apaches y sioux.

El volumen reúne el resultado de los dedicados empeños ejercidos por sus contribuyentes para el estudio pormenorizado, científico y amoroso de esa pieza que todos coinciden en considerar única, pues además de otros objetos del arte plumario que desarrollaron primorosamente los amantecas —artesanos plumarios— mesoamericanos, es éste el único tocado que ha sobrevivido hasta nuestros días. La fragilidad de muchos de sus materiales (plumas, hilos) y el valor intrínseco de otros (medallones de oro y piedras semipreciosas) los convirtieron en pieza atractiva para los que pretendían lucrar con ellos. El traslado a otros climas y la

carencia de condiciones atmosféricas idóneas durante mucho tiempo, más el importante ataque silencioso y casi invisible de los insectos y hongos, consumaron a través de los siglos una tarea de destrucción de la cual sólo sobrevive este objeto, verdadero milagro de supervivencia y a la que —a pesar de que no haya pertenecido a Moctezuma II ni menos aún fuera su “corona imperial”— le adjudican un valor cultural, artístico e histórico que escapa a cualquier posible cálculo.

En definitiva este libro es, al mismo tiempo, instrumento y símbolo, porque al igual que lo utilizarán “con provecho” los estudiosos e interesados en el tema, también representa el vínculo que existe desde hace siglos entre Austria y México. Estudiosos de estas dos nacionalidades han aplicado sus saberes para lograr un análisis múltiple que aborda desde distintas ópticas y disciplinas un mismo objeto, que resulta de muy alto valor para ambos países. En este tenor los científicos humanistas, fraternizados por el amor al saber, olvidados de las fronteras y los discursos nacionalistas, han sumado esfuerzos para hacer avanzar el conocimiento de un arte muy apreciado en su origen, pero ya casi olvidado, en especial la génesis, estructura, conservación, historia y valores diversos de esa pieza que, lejos de desunir y enfrentar ambas naciones, es en sí misma un lazo vinculatorio permanente y fructífero: el glorioso “penacho del México antiguo”. 

